

## ***Tantas maneras de empezar, de Jon McGregor***

### **1. Fotografía en b/n, Albert Carter, estropeada, h. 1943**

Iba a comenzar con una fotografía de su padre. Parecía una manera tan buena como cualquier otra de empezar. Era lo primero que había pensado en meter en la maleta antes de marcharse al funeral, y la introdujo en un sobre acolchado para mantenerla a salvo. Éste es mi padre, iba a decir, al tiempo que levantaba la pequeña fotografía para que alguien la viera. Cuando era joven, iba a añadir, antes de nacer yo. Vaya, quizá comentara alguien, al mirarla de cerca, ¿y qué son esas marcas? Y entonces él podría explicarlo, contándolo tal como siempre lo había hecho su hermana Susan, las palabras pulidas a fuerza de uso hasta el punto de resultar acogedoras.

Era una historia que a Susan le gustaba contar; le hacía sentir que formaba parte de algo más grande, que estaba amarrada a un tiempo en el que había cosas más grandes de las que sentir que se formaba parte. La había vuelto a contar pocas semanas atrás, mirando esa misma fotografía con un grupo de amigos suyos una noche después de cenar. Alguien mencionó haberla visto al entrar, y ella los llevó a todos al recibidor para reunirlos en torno a la foto, con las tazas de café en equilibrio sobre finos platillos blancos mientras escuchaban, sonreían y asentían, y recordaban historias propias, y guardaban silencio en el momento oportuno. Cada vez que le había oído contar la historia, la gente siempre guardaba silencio en el momento oportuno.

La hicieron en 1943, les dijo, señalando la fotografía, un pequeño retrato de estudio en blanco y negro montado sobre un *paspartout* de cartulina grisácea, con un nombre y un número garabateados en suaves trazos de lápiz en la parte inferior. Justo antes de que yo naciera, añadió, ubicándose con firmeza en esa

generación. Debió de sacársela antes de que lo destinaran al extranjero por segunda vez, al Mediterráneo, creo, y la envió desde Portsmouth para que mi madre la pusiera en la repisa de la chimenea durante su ausencia. Hizo entonces una pausa, como siempre, imaginando al hombre del extraño uniforme sobre el hogar, que las protegía a ella y a su madre cuando permanecían agazapadas bajo el refugio antiaéreo Morrison en la habitación del fondo, mientras la tierra temblaba y pasaban por delante de la ventana destellos de fuego, o que les daba la bienvenida cuando regresaban a casa del refugio público por la mañana, con la sirena que indicaba que el peligro había pasado resonando calle abajo, la casa a salvo otro día más y el jardín sembrado de escombros de la casa dos puertas más allá; recordando la mañana en que su madre intentó explicarle que una bomba había caído en casa de sus abuelos, y que sus abuelos ya no vendrían a tomar el té nunca más.

Era el Mediterráneo, ¿verdad?, preguntó, lanzándole una mirada a David. No me acuerdo nunca. Todos se volvieron para mirarle, y se encogió de hombros con una sonrisa de disculpa.

A mí no me mires, dijo, no soy historiador, y todos se echaron a reír.

Albert Carter, su padre, tenía veintisiete años cuando le hicieron la foto, pero parecía mucho más joven; con aspecto saludable, una amplia sonrisa, la piel tan tersa que resultaba difícil creer que alguna vez hubiera tenido que afeitarse. Llevaba el pelo alisado hacia atrás, con las líneas del peine tan rectas como si se las hubiera hecho con una regla de cálculo, y su sonrisa hacía brotar los mismos pliegues en torno a los ojos que David recordaba haber visto de niño. El uniforme se le veía un poco grande para él, muy holgado en los hombros, y no había ni rastro de las insignias protocolarias que hubiera cabido esperar en un retrato fotográfico, ni latón pulido

con saliva, ni charreteras ni galones; era un uniforme de aspecto puramente funcional, preparado para un asunto tan serio como formar parte de la tripulación de un barco camino de entrar en combate.

Como es natural, dijo Susan, no recuerdo gran cosa de la guerra, era muy pequeña. En realidad, lo único que recuerdo es la llegada de un hombre a casa, como el hombre de la foto pero mayor y más corpulento, y nada risueño. Los demás se inclinaron hacia la fotografía mientras hablaba, contemplando la sonrisa estática e inamovible de Albert Carter. Sencillamente apareció, dijo, no hubo discusión alguna, de repente estaba merodeando por allí sin más, convirtió nuestra casa en un lugar más pequeño de lo que nunca había sido, y acaparaba el tiempo de mi madre. Tenía un olor extraño y húmedo, dijo, entre risas, como si no supiera muy bien a qué se refería. Pero eso es lo que siempre recuerdo, aseguró: el que no estaba allí y de pronto estaba, sin que nadie pidiera mi opinión. Los demás sonrieron al oírlo, como solía sonreír la gente.

David iba a contarle a alguien esa historia con la fotografía en la mano, sosteniéndola un momento antes de pasarla, palparía la textura áspera y rugosa de la cartulina grisácea, le daría la vuelta para leer las fechas y los números anotados a lápiz con trazo suave en el reverso, pasaría los dedos de nuevo por los arañazos que surcaban la superficie mate de la fotografía. Docenas de arañazos, demasiado leves en su mayoría para verse a menos que se pusiera la fotografía a la luz; en su mayoría, salvo por tres hondas cicatrices que habían hendido y desgarrado la piel del papel hasta estriar el rostro sonriente del joven.

Susan explicó que esas marcas las había hecho ella, una tarde cuando su padre estuvo en casa unos meses. Esa era la parte de la historia donde la gente siempre guardaba silencio y miraba la fotografía con más atención, o se volvían hacia ella y asentían, o

sonreían irónicamente porque alcanzaban a adivinar con exactitud lo que iba a decir. Le habían dicho que se echara la siesta para que su madre y su padre pudieran acostarse un poco mientras el recién nacido, David, dormía. Tía Julia, en cuya casa estaban todos hasta que pudieran encontrar algo propio, había salido a comprar. Inquieta y aburrida, Susan cogió un pequeño peine metálico de la mesa de su padre, echó mano a la fotografía en la repisa y lanzó tajos frenéticos contra su superficie antes de huir al dormitorio entre lágrimas.

Lo más terrible, recordó, al tiempo que le señalaba un cenicero en la mesa del recibidor a un invitado con un cigarrillo, es que nunca se dijo nada. La fotografía fue sustituida por otra, casi idéntica, y nadie lo mencionó nunca, aseguró.

Dios santo, exclamó una mujer con un pañuelo de color rojo intenso anudado al cuello, ¿de veras? Susan asintió.

Ni una palabra, aseguró. Encontramos el original estropeado en una caja con sus pertenencias después de su muerte, y yo insistí en quedármela, aunque sólo la he puesto hace poco, añadió. Los invitados a la cena escudriñaron la fotografía unos instantes más, haciendo mención a historias similares de cosecha propia antes de regresar paulatinamente al comedor.

Mi madre me dijo que yo acostumbraba a intentar sacar a rastras a mi padre de su cama, comentó entre risas la mujer del pañuelo rojo, y el hombre del cigarrillo le sonrió y asintió.

¿Alguien quiere otro café?, preguntó Susan, mientras los seguía de regreso a la mesa.

David se quedó en el recibidor un momento más y contempló la fotografía mientras seguía los arañazos con los dedos, imaginando la angustia de la niña de tres años de la que eran tan buena prueba. Contempló los ojos, la sonrisa, el rostro del hombre que lo había criado con tanto cariño y ahora ya no estaba, y se apartó.